

¿DEBACLE FINANCIERA, CRISIS SISTÉMICA? RESPUESTAS ILUSORIAS Y RESPUESTAS NECESARIAS*

Samir Amin

La crisis financiera era inevitable. No nos tomó desprevenidos la explosión brutal de la actual crisis, que además había ya evocado hace unos meses cuando los economistas convencionales se esmeraban en minimizar sus consecuencias, particularmente en Europa. Para entender su génesis, conviene abandonar la definición corriente del capitalismo que se suele definir, hoy, como “neoliberal globalizado”. Esta calificación es engañosa y oculta lo esencial.

El sistema capitalista actual es dominado por un puñado de oligopolios que controlan la toma de decisiones fundamentales en la economía mundial. Unos oligopolios que además de financieros, constituidos por bancos o compañías de seguros, son grupos que actúan en la producción industrial, los servicios, los transportes, etc. Su característica principal es su financiarización. Con eso conviene comprender que el centro de gravedad de la decisión económica ha sido transferido de la producción de plusvalía en los sectores productivos hacia la redistribución de provechos ocasionados por los productos derivados de las inversiones financieras. Es una estrategia perseguida de manera deliberada no por los bancos, sino por los grupos “financiarizados”. Más aún, estos oligopolios no producen provechos, sencillamente se apoderan de una renta de monopolio mediante inversiones financieras.

Este sistema es sumamente provechoso para los segmentos dominantes del capital. Luego, no estamos en presencia de una economía de mercado, como se suele decir, cuanto de un capitalismo de oligopolios financiarizados. Sin embargo, la huida

hacia delante en las inversiones financieras no podía durar siempre, cuando la base productiva solo crecía con una tasa débil. Eso no era sostenible. De allí la llamada “burbuja financiera”, que traduce la lógica del sistema de inversiones financieras. El volumen de las transacciones financieras es del orden de dos mil trillones de dólares, mientras la base productiva, el Producto Interno Bruto (PIB) mundial, es apenas de unos 44 trillones de dólares. Un déficit gigantesco múltiple. Hace treinta años, el volumen relativo de las transacciones financieras no tenía ese tamaño. Esas transacciones se destinaban entonces sobre todo a la cobertura de las operaciones directamente exigidas por la producción y por el comercio nacional e internacional. La dimensión financiera de ese sistema de los oligopolios financiarizados era —ya lo dije— el talón de Aquiles del conjunto capitalista. La crisis debía, pues, estallar por una debacle financiera.

1. Detrás de la crisis financiera, la crisis sistémica del capitalismo aviejado

Pero no basta con llamar la atención sobre la debacle financiera. Detrás de ella se esboza una crisis de la economía real, ya que la misma deriva financiera actual va a asfixiar el desarrollo de la base productiva. Las soluciones aportadas a la crisis financiera únicamente pueden desembocar en una crisis de la economía real, esto es, una estagnación relativa de la producción y lo que ella va a acarrear:

* Argenpress, 25.XI.2008.

regresión de los ingresos de los trabajadores, aumento del paro laboral, alza de la precariedad y empeoramiento de la pobreza en los países del Sur. En adelante debemos hablar de depresión y ya no de recesión.

Y detrás de esta crisis se perfila a su vez la verdadera crisis estructural sistémica del capitalismo. La continuación del modelo de desarrollo de la economía real, tal y como lo venimos conociendo, así como el del consumo que le va emparejado, se ha vuelto, por primera vez en la historia, una verdadera amenaza para el porvenir de la humanidad y el del planeta.

La dimensión mayor de esta crisis sistémica concierne al acceso a los recursos naturales, que se han vuelto muchísimo más escasos que hace medio siglo. El conflicto Norte/Sur constituye, por lo tanto, el eje central de las luchas y los conflictos por venir.

El sistema de producción y de consumo/despilfarro existente torna imposible el acceso a los recursos naturales del globo para la mayoría de sus habitantes, para los pueblos de los países del Sur. Antaño, un país emergente podía retener su parte de esos recursos sin amenazar los privilegios de los países ricos. Pero hoy, ya no es el caso. La población de los países opulentos —el 15% de la población mundial—acapara para su propio consumo y despilfarro, el 85% de los recursos de la Tierra y no puede consentir que unos recién llegados accedan a estos recursos, pues provocarían graves penurias que pondrían en peligro los niveles de vida de los ricos.

Si los EE. UU. se han fijado como objetivo el control militar del planeta, es porque saben que sin ese control no pueden cerciorarse del acceso exclusivo a tales recursos. Como bien se sabe, China, la India y el Sur en su conjunto también necesitan esos recursos para su desarrollo. Para los EE. UU. se trata imperativamente de limitar ese acceso y, en último recurso, existe un único medio: la guerra.

Por otra parte, para ahorrar las fuentes de energía de origen fósil, los EE. UU., Europa y otras naciones desarrollan proyectos de producción de agrocarburos en gran escala, en detrimento de la producción de víveres cuyos precios en alza los azotan.

2. Las respuestas ilusorias de los poderes vigentes

Los poderes vigentes, al servicio de los oligopolios financieros, no tienen otro proyecto que el de volver a poner de pie este mismo sistema. Esas

intervenciones de los Estados, ¿qué son sino las que les manda la misma oligarquía? No obstante, el éxito de esta puesta de pie no es imposible si las infusiones de medios financieros resultan suficientes y si las reacciones de las víctimas —las clases populares y las naciones del Sur— no dejan de ser limitadas. Pero, en este caso, el sistema solo retrocedería para mejor saltar y una nueva debacle financiera, aún más tremenda, sería ineludible, puesto que las “adaptaciones” previstas para la gestión de los mercados financieros y monetarios resultarían ampliamente insuficientes, ya que no ponen en tela de juicio el poder de los oligopolios.

Por otra parte, estas respuestas a la crisis financiera mediante la inyección de fondos públicos astronómicos para restablecer la seguridad de los mercados financieros, son divertidísimas. Esto porque privatizados ya los provechos, en cuanto las inversiones financieras se ven amenazadas, se socializan las pérdidas. ¡Cara: gano yo; cruz: tú pierdes!

3. Las condiciones de una respuesta positiva a los desafíos

No basta con decir que las intervenciones de los Estados pueden modificar las reglas del juego, atenuar las derivas. También es necesario definir sus lógicas y sus impactos sociales. Desde luego, en teoría, se podría volver a fórmulas de asociación de los sectores públicos y privados, fórmulas de economía mixta, como ocurrió durante los “treinta años gloriosos” (1945-1975) en Europa, y durante la era de Bandung, en Asia y en África, cuando el capitalismo de Estado dominaba de modo amplio, acompañado por políticas sociales fuertes. Este tipo de intervención del Estado, sin embargo, no figura en el orden del día. ¿Están las fuerzas sociales progresistas en capacidad de imponer una transformación de tal magnitud? Todavía no, opino yo.

La verdadera alternativa pasa por el derrocamiento del poder exclusivo de los oligopolios, el cual es inconcebible sin, finalmente, su nacionalización democrática progresiva. ¿Fin del capitalismo? No lo creo. Creo, en cambio, que son posibles unas nuevas configuraciones de las relaciones de fuerzas sociales que impongan al capital ajustarse, él, a las reivindicaciones de las clases populares y de los pueblos. Esto a condición de que las luchas sociales, todavía fragmentadas y a la defensiva en su con-

junto, consigan cristalizarse en una alternativa política coherente. Con esta perspectiva, es posible el comienzo de una larga transición del capitalismo al socialismo. Los avances en esta dirección, claro está, siempre serán desiguales de un país a otro y de una fase de su despliegue a otra.

Las dimensiones de la alternativa deseable y posible son múltiples y conciernen a todos los aspectos de la vida económica, social, política. Evocaré a continuación las grandes líneas de esta respuesta necesaria.

1) La reinención por los trabajadores de organizaciones apropiadas que hagan posible la construcción de su unidad, con el fin de trascender su dispersión asociada a las formas de explotación vigente (paro laboral, precariedad, informalidad).

2) La perspectiva es la de un despertar de la teoría y de la práctica de la democracia, asociada al progreso social y al respeto de la soberanía de los pueblos y no disociada de estos.

3) Liberarse del virus liberal fundado en el mito del individuo, que ya pasó a ser tema histórico. Los rechazos frecuentes de los modos de vida vinculados al capitalismo (múltiples enajenaciones, consumismo y destrucción del planeta), señalan la posibilidad de esta emancipación.

4) Liberarse del atlantismo y del militarismo que le está asociado, ambos destinados a hacer aceptar la perspectiva de un planeta organizado sobre la base del *apartheid* a escala mundial.

En los países del Norte, el desafío implica que la opinión general no se deje encerrar en un consenso de defensa de sus privilegios con respeto a los pueblos del Sur. El internacionalismo necesario pasa por el antiimperialismo, no por el humanitarismo.

En los países del Sur, la estrategia de los oligopolios mundiales lleva consigo el hacer recaer el peso de la crisis sobre sus pueblos (desvalorización de sus reservas de cambio, baja de los precios de las materias primas exportadas y alza de los precios de los productos importados). La crisis ofrece la ocasión del renacimiento de un desarrollo nacional, popular y democrático autocentrado, que someta las relaciones con el Norte a sus exigencias, es decir, la desconexión. Lo cual implica:

a) El dominio nacional de los mercados monetarios y financieros.

b) El dominio de las tecnologías modernas en adelante posible.

c) La recuperación del uso de los recursos naturales.

d) La derrota de la gestión mundializada dominada por los oligopolios (la Organización Mundial

de Comercio), y la del control militar del globo por los EE. UU. y sus aliados.

e) Liberarse de las ilusiones de un capitalismo nacional autónomo en el sistema y de los mitos pasadistas.

f) La cuestión agraria, en efecto, se encuentra en el centro de las opciones por venir en los países del llamado Tercer Mundo. Un desarrollo digno de así llamarse, exige una estrategia política agrícola fundada sobre la garantía del acceso a la tierra para todos los campesinos (la mitad de la humanidad). En contrapunto, las fórmulas preconizadas por los poderes dominantes —acelerar la privatización de la tierra agrícola y transformarla en mercancía— llevan consigo el éxodo rural masivo, que bien venimos conociendo. Como el desarrollo industrial de los países concernidos no es capaz de absorber a esta abundante mano de obra sureña, ella se amasa en las barriadas o se deja tentar por las aventuras trágicas de una huida en balsa por el Atlántico. Existe una relación directa entre la supresión de la garantía del acceso a la tierra y el acrecentamiento de las presiones migratorias.

g) La integración regional, al favorecer el surgimiento de nuevos polos de desarrollo, ¿puede constituir una forma de resistencia y de alternativa? La regionalización es necesaria, tal vez no para gigantes como China y la India o incluso para Brasil, pero seguramente sí para otras muchas regiones, en el sureste de Asia, en África o en América Latina y el Caribe. Este continente está avanzando un poco en este dominio. Venezuela, oportunamente, ha tomado la iniciativa de crear la Alba (Alternativa Bolivariana para América Latina y el Caribe) y el Banco del Sur (Bancosur), incluso antes de la crisis. Con todo, el Alba —un proyecto de integración económica y política— aún no ha recibido la adhesión de Brasil ni la de Argentina. El Bancosur, en cambio, supuesto a promover otra forma de desarrollo, asocia también a estos dos países, aun cuando, hasta hoy, sigan teniendo una concepción convencional del papel que ha de desempeñar un banco.

Avances en esas direcciones, en el Norte al igual que en el Sur, bases del internacionalismo de los trabajadores y de los pueblos, constituyen las únicas garantías de la reconstrucción de un mundo mejor, multipolar y democrático, única alternativa a la barbarie del capitalismo alicaído.

Más que nunca, la lucha por el socialismo del siglo XXI está en el orden del día. ■

Traducción: Manuel Colinas